

EL MUNDO

Lunes, 31 de mayo de 2004. Año XV. Número: 5.287.

OPINION

TRIBUNA LIBRE

La tortura es cosa de hombres

JAVIER GOMEZ DE LIAÑO

Hace aproximadamente un mes, en los periódicos y en las televisiones empezaron a aparecer fotografías siniestras y estremecedoras de presos de la cárcel de Abu Ghraib, en Irak, objeto, todos, de las más variadas vejaciones y sofisticadas torturas a manos de sus guardianes. Y, para mejor ilustración, EL MUNDO nos ha servido el escalofriante testimonio de 13 de esos reclusos. Uno de ellos, el detenido número 151362, llamado Ameen Saeed al Sheik, cuenta que tras una serie de repugnantes sevicias, un soldado le preguntó: «¿Crees en algo? Le dije que en Alá. Él me respondió: Pues yo creo en la tortura y te voy a torturar». Otro, un tal Nori Al-Yasseri, dice: «(...) nos pusieron bolsas de arena sobre las cabezas y se la pasaron golpeándonos e insultándonos. Cuando sacaron las bolsas de arena, nos dejaron desnudos como bebés. Entonces nos ordenaron agarrarnos los penes y frotarlos (...) Empezaron a tomarnos fotografías como si fuera una película porno. Y nos trataron como si fuéramos animales (...)».

A mí esas imágenes me recuerdan las fotos con trofeos de caza. Todos los retratados aparecen con aire de cazadores de piezas de museo, como pueriles reyes de safaris. Sus miradas de vencedores estúpidos y aún prepotentes, me hacen pensar en lo fácil que resulta adiestrar a la juventud en las peores artes de la violencia, olvidando lo malo que es criar a nuestros hijos en la idea de que destrozarse al prójimo es un entretenido deporte cuando no un plausible acto de servicio.

¿A qué viene este lujo de vesania de los soldados americanos? ¿Qué perseguían con esas prácticas? ¿Por qué esa saña? ¿Dónde están los principios de un ejército que todos suponemos con reservas morales? Reconozco que eso de los malos tratos infligidos por un semejante a otro siempre me ha producido desconcierto. No digamos, las torturas. Sólo siento una enorme desazón y no oculto que, como otras muchas cosas, este sentimiento arranca de la infancia, donde más de una vez tuve que enzarzarme con un compañero de pupitre que

gozaba achicharrando hormigas con el calor de una lupa.

Que la humanidad está inmadura o putrefacta, no me cabe duda alguna y a lo que se va viendo, el sentido de venganza, de escarmiento y de desquite que el hombre tiene desde que es hombre, parece justificar toda serie de atrocidades. Por la cabeza de los verdugos debe pasar la idea de que al enemigo, a ese iraquí encapuchado y sujeto a una barra, o a aquel otro al que se intimida azuzándole un perro adiestrado, mientras permanece de rodillas y esposado a la espalda, o a ese al que se ve desnudo con los brazos en cruz y rebozado en excrementos, hay que destruirlo, pero lentamente, sufrimiento tras sufrimiento. Por su parte, el mando militar debe considerar que a esos hombres hay que hacerles experimentar en sus cuerpos y también en sus almas todo su poder, todo el peso de su fuerza. Y es que la humillación, el tratamiento inhumano del hombre por el hombre, son la base de toda forma de violencia, antiguas y actuales. El torturador es el mismísimo instrumento de tortura.

A través de los tiempos y en buen número de casos, la tortura se ha presentado como mucho más terrible que la muerte misma. A finales del siglo XVII, Nicolás, consejero de Luis XIV afirmaba que antes que la tortura prefería una pronta muerte. «Nadie ignora que una media hora de tortura contiene en sí más martirio que tres suplicios de horca», escribe en una obra de largo título, que dedicó al Rey. Lo narra el escritor checo Julios Fucik en su reportaje al pie del patíbulo, a propósito de los tormentos a que fue sometido por los ocupantes nazis en 1943: «La muerte no debe estar lejos. Ahora es sólo un sueño, una febril pesadilla, caen los golpes, luego me tiran agua, y otra vez los golpes y de nuevo: '¡Habla! ¡Habla! ¡Habla!', y más golpes: la muerte no llega. Madre, padre, ¿por qué me habéis hecho tan fuerte?». Al torturado no le asusta la evidencia sino la duda y reza todas las noches para que el torturador no se despierte con su agujón venenoso.

Viendo el repertorio de fotografías de los soldados americanos torturando a los presos de Abu Ghraib, uno piensa que no hay reglas fijas y de unánime práctica en este triste cometido humano; es decir, inhumano. Una personalidad lo suficientemente imaginativa, lo suficientemente sádica o cruel puede introducir espeluznantes novedades en la técnica de la tortura, y de hecho esto es lo que ha ocurrido siempre en todas partes. Un buen verdugo, un mal policía o un mal soldado de nuestros días, pueden crear sus propias normas de actuación para obtener los resultados que buscan o satisfacer sus malos instintos. En verdad que es éste uno de los campos en que el hombre ha desarrollado más y mejor la peor faceta de su imaginación, de sus represiones, de su maldad esencial, para conseguir inventar y poner en práctica los más horribles e inhumanos métodos de destrucción del propio hombre. Un ejemplo lo tenemos en lo que Martín Prieto cuenta de la dictadura militar argentina de los Videla, Massera y

compañía, de esos hombres y mujeres que eran arrojados desnudos y mojados sobre somieres metálicos para luego darles picanas en el ano, en el glande, en los pezones y en la vagina.

Cuando instruí el sumario por las desapariciones, torturas y muertes de Lasa y Zabala, ante el horror que nos producían los padecimientos que se aplicaron a esos dos jóvenes, el fiscal Ignacio Gordillo y yo, a menudo nos preguntábamos qué es lo que puede buscar un torturador. ¿Información? ¿Nuevos elementos de prueba? ¿Pistas para llegar a otros delincuentes?

-Nada de eso. Ni lo uno ni lo otro.

-¿Entonces?

-Lo que el torturador persigue es la humillación.

Gabriel Albiac lo explica muy bien. Para él, cuando a un hombre se le tortura y rompe la resistencia, ya no queda nada de ese ser, es puro despojo, una cáscara vacía. La artesanía del verdugo es intuir que existe siempre una hora del día y de la noche en la que el más valeroso de los hombres se siente cobarde.

¿Se sigue torturando en el mundo? Visto lo visto y según Amnistía Internacional (AI) -muy reciente es el último informe referido al año 2003-, sí. AI habla de 157 países donde miles de personas, al día de hoy, siguen siendo torturadas. Es más. Al parecer, alrededor de la tortura se ha generado una verdadera industria que fabrica y vende instrumentos para causar sufrimientos a las víctimas. Desde grilletes hasta bastones y planchas eléctricas, los inventores del dolor se esfuerzan para ser cada día un poco más crueles. No se olvide que hasta no hace mucho, en Israel los servicios secretos han aplicado la tortura como método legal de interrogar a los detenidos, bajo la denominación «presión física moderada». Quizá ocurra que los gobernantes, sin distinción de continentes y menos de países, con su sentimiento práctico de la vida, sepan que existen en el ser humano tantas posibilidades de crueldad que no hay otro remedio que admitirlas y dejarlas merced al vendaval de las pasiones.

Las imágenes de lo ocurrido en la prisión de Abu Ghraib y los datos que nos ofrece la prensa son demasiado escalofriantes como para dominar la calentura. Me duele suponer que tendrá que pasar mucho tiempo, tanto como que yo no lo veré, para que la tortura desaparezca de la faz de la tierra. No cabe duda de que los gobiernos pueden cometer acciones del tipo de las perpetradas en Abu Ghraib, en la medida que realizan acciones de guerra con el fin no tanto de

debilitar la capacidad militar del enemigo, sino más bien de doblegar su voluntad, pero también hay que admitir que no es lo mismo morir de un disparo de bala o de mortero o de carro de combate, sabiendo que en una guerra eso puede ocurrirte en cualquier momento, que vivir sin más causa inmediata que el miedo a ser torturado. De atrocidades y autodestrucción se alimenta la última guerra de Irak y quienes en ella practican o toleran la tortura saben o deben saber que no sólo destruyen al prójimo sino que también se destruyen a sí mismos.

A la tortura no se le combate y, menos aún, se le vence con palabras, ni símbolos, ni actitudes testimoniales, sino con la inexorable ley en la mano, la fría constancia en el ánimo y en el temple. Por eso, la sentencia que acaba de pronunciar el tribunal militar americano, condenando a la pena de un año de prisión a uno de sus soldados torturadores, pone de relieve que hay jueces que olvidan que la pena, para ser justa, ha de adecuarse a la verdad, a no ser que sean partidarios del falaz pensamiento de Maquiavelo de que lo justo es lo necesario. Sé bien que la guerra es el paraíso de todos los abusos y que el hombre purga en la guerra las culpas del hombre, pero de ahí a experimentarnos en el guiso de criadillas de iraquí, sólo hay un corto y vergonzante paso.

Es posible que la clave del asunto resida en que los ciudadanos aún no han sentido toda la vergüenza que esas conductas deben producir y entiendo que además de las sentencias de los tribunales y las quejas de las asociaciones pro derechos humanos, el mejor remedio es que la humanidad entera sienta asco por hechos como los que comento. La tortura es un cáncer que ensucia la historia del hombre. Con cada hombre torturado se agotan las manidas condenas y los buenos propósitos que jamás traspasan las borrosas fronteras judiciales o políticas. De ahí la tristeza que me produce que en España - también en otros países- todavía halla gente que piense que a quien viola hay que cortarle el pene a cachitos o que al terrorista o al maltrador hay que colgarlos al sol, desnudos y por los pies, mientras una jauría de perros los devora.

El 3 de abril de 1995, a propósito de las desapariciones de Lasa y Zabala, Francisco Tomás y Valiente, ex presidente del Tribunal Constitucional, escribía en El País: «En la macabra secuencia del secuestro, la tortura, la mordaza y el tiro en la nuca, lo peor es la tortura. (...) El remate final de la fosa mal hecha, el enterramiento precipitado y la cal viva (...) es ya torpeza inútil y ensañamiento tardío que no duele. (...) El torturador se degrada porque su absoluta falta de respeto a la víctima se vuelve contra él y lo deshumaniza (...) Por eso no podemos soportar la imagen de unos hombres torturando a otro sin sentirnos también ofendidos». La cita es un poco larga, pero creo que vale la

pena, sobre todo teniendo en cuenta que las palabras se escribieron un año antes de que su autor fuera asesinado por ETA en su despacho de la Universidad Autónoma de Madrid.

Algunos científicos sostienen que la crueldad es un rasgo más de la naturaleza humana, o, lo que es igual, consustancial al hombre. Para mí que la tortura es una forma de salvajismo que sólo practica el hombre. No hay animales crueles, aunque tampoco descarto que el problema radique en que el planeta tierra esté habitado no por tantos hombres como pensamos y sí por más bestias de las catalogadas y contadas.

Javier Gómez de Liaño es abogado y magistrado excedente. Acaba de publicar Juicios sumarísimos.

© Mundinteractivos, S.A.